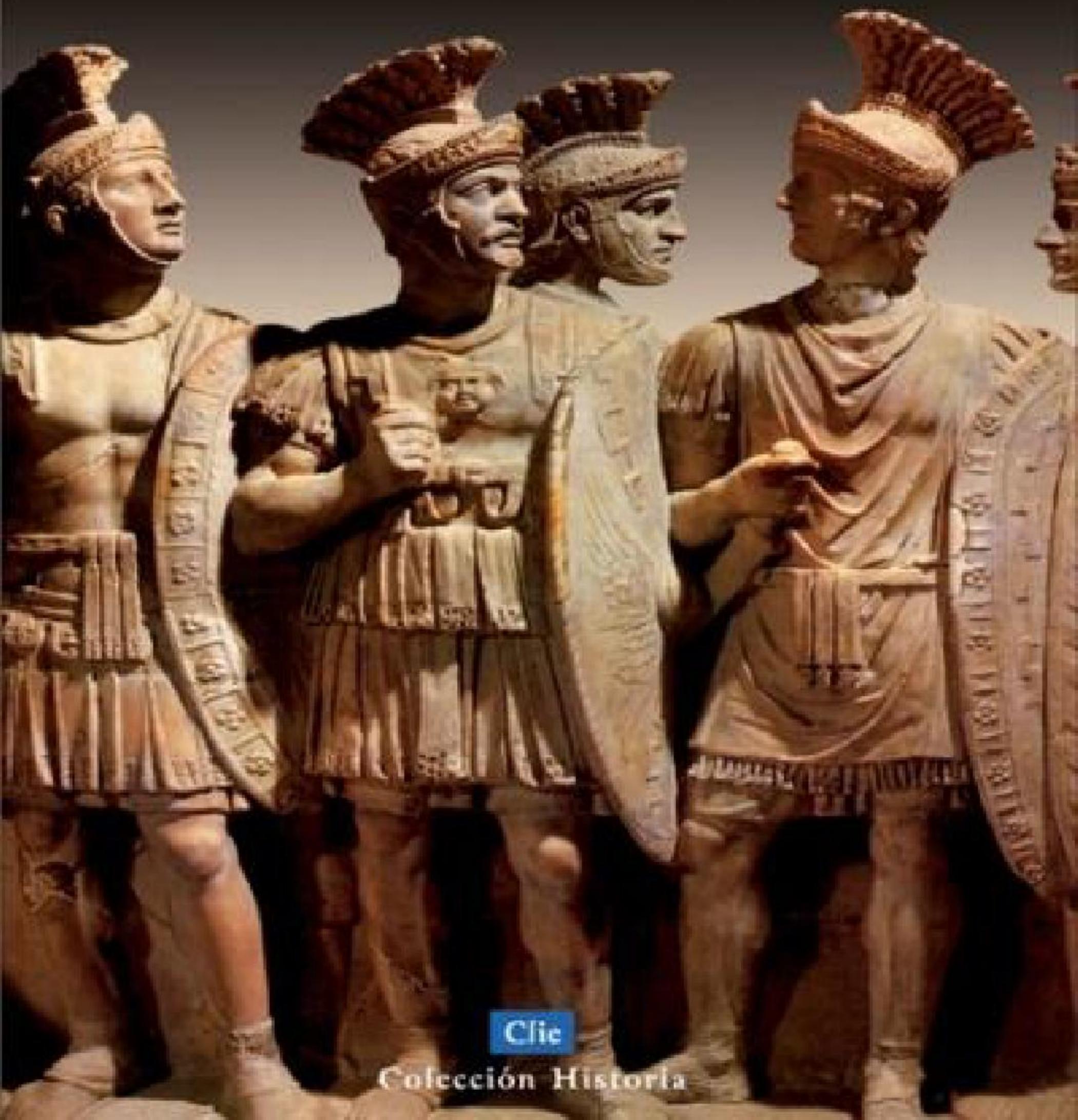


LAS GUERRAS DE LOS JUDÍOS

Flavio Josefo



Clie

Colección Historia



Las guerras de los Judíos

Flavio Josefo





Las guerras de los Judíos

Flavio Josefo



editorial cie

Colección Historia





EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2013 Editorial CLIE

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Flavio Josefo
Alfonso Roper Berzosa, editor
LAS GUERRAS DE LOS JUDÍOS
Depósito Legal: B. 21873-2012
ISBN: 978-84-8267-343-1
Clasifíquese: 0288 - Historia Antigua
CTC: 01-03-0288-08
Referencia: 224487

Impreso en USA / Printed in USA



ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO	13
PREFACIO. Propósito de la obra y plan seguido en su desarrollo.....	17

LIBRO I

*Desde la toma de Jerusalén por Antíoco Epífanes hasta
la muerte de Herodes el Grande*

Capítulo I. Disensiones entre los nobles judíos. Antíoco Epífanes toma Jerusalén. Levantamiento de Matatías y hazañas y muerte de Judas Macabeo	23
Capítulo II. Gobierno de Jonatán y de Simón. Juan Hircano contra Ptolomeo. Juan Hircano y Antíoco. Triunfos de Juan Hircano	25
Capítulo III. Advenimiento de Aristóbulo. Sus primeros actos. Muerte de su hermano Antigono. Predicción de Judas el esenio. Fin de Aristóbulo	27
Capítulo IV. Alejandro Janeo sube al trono. Sus guerras. Rebelión judía. Muerte de Alejandro	29
Capítulo V. Alejandra. Dominación de los fariseos. Persecución de los consejeros de Alejandro. Rebelión de Aristóbulo. Muerte de Alejandra	31
Capítulo VI. Hircano II abdica en favor de Aristóbulo II. Antípatro y Aretas tratan de reponer a Hircano. Intervención de Escauro. Negociaciones de los dos hermanos con Pompeyo.....	32
Capítulo VII. Sitio de Jerusalén. La toma del Templo. Hircano, sumo sacerdote. Profanación del santuario. Aristóbulo es enviado prisionero a Roma	35
Capítulo VIII. Expedición de Alejandro contra Hircano. Gobierno de Gabinio. Levantamiento y derrota de Aristóbulo. Nueva tentativa de Alejandro. Craso y Casio. Saqueo del Templo	37
Capítulo IX. Muerte de Aristóbulo y de Alejandro. Amistad de Antípatro con César	40

Capítulo X.	Queja de Antígono contra Antípatro; César decide en favor del segundo. Antípatro nombra a Fasael gobernador de Jerusalén y a Herodes gobernador de Galilea	42
Capítulo XI.	Guerra civil. Herodes es nombrado procurador de Siria. Antípatro, asesinado por Malicos. Herodes lo vengra	45
Capítulo XII.	Hélix es vencido por Fasael. Rivalidad de Herodes y Marión, tirano de Tiro. Victoria de Herodes contra Antígono. Herodes y Fasael son nombrados tetrarcas. Asesinato de los diputados judíos	47
Capítulo XIII.	Los partos ocupan Siria y reponen a Antígono en el trono de Judea. Captura de Fasael y de Hircano. Fuga de Herodes. Muerte de Fasael	48
Capítulo XIV.	Malicos niega ayuda a Herodes. Traslado de Herodes a Roma. Antonio hace declarar a Herodes rey de los judíos	51
Capítulo XV.	Antígono pone sitio a Masada. Llegada de Herodes. La toma de Jope. Liberación de Mesada. Herodes y Silo sitian a Jerusalén	53
Capítulo XVI.	Herodes ocupa Séforis y extermina a los hombres de las cavernas. Nueva rebelión de Galilea. Actitud equívoca de Maqueas en Judea. Herodes auxilia a Antonio en el asedio de Samosata	55
Capítulo XVII.	Muerte de José prevista en sueños por Herodes. Salvación milagrosa de Herodes. Sitio de Jerusalén	57
Capítulo XVIII.	Sitio de Jerusalén, Herodes y Sosio conquistan la ciudad. Herodes redime el Templo de la profanación. Suplicio de Antígono. Represalias de Herodes. La avaricia de Cleopatra	60
Capítulo XIX.	Guerra de Herodes con los árabes. Temblor de tierra en Judea. Herodes derrota en Filadelfia a los árabes	63
Capítulo XX.	César confirma a Herodes en el trono. Servicios prestados por Herodes a César en la campaña de Egipto. Nuevos territorios de Judea	66
Capítulo XXI.	Herodes reconstruye el Templo y erige numerosas ciudades. Instituye los juegos olímpicos	67
Capítulo XXII.	Las desdichas domésticas de Herodes con sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Destierro de Antípatro. El suplicio de Hircano. Asesinato de Jonatán. Muerte de Mariamne	71
Capítulo XXIII.	Los hijos de Mariamne son objeto de calumnias. Las intrigas de Antípatro. Presentación ante Augusto. La reconciliación	73
Capítulo XXIV.	Intrigas de Doris y Antípatro. Quejas de Salomé contra Aristóbulo. Intentos de reconciliación. Los eunucos de Alejandro lo denuncian	75
Capítulo XXV.	Los escritos de Alejandro. Arquelao trata de reconciliar a Alejandro y Feroras con Herodes	79
Capítulo XXVI.	Euricles calumnia a Alejandro. Defensa de Evarato de Cos	81

Capítulo XXVII.	Herodes procesa a sus hijos en Berito. El tribunal los condena. Muerte de los príncipes en Sebaste	84
Capítulo XXVIII.	Antípatro concita el odio del pueblo. Herodes decide el enlace de los hijos de Aristóbulo y Alejandro; luego, a pedido de Antípatro, modifica las parejas	86
Capítulo XXIX.	Antípatro colma la medida. Es enviado a Roma con el testamento de Herodes. Muerte de Feroas	88
Capítulo XXX.	Herodes descubre que Feroras fue envenenado por Sileo y que Antípatro y Feroras habían preparado un plan para envenenar a Herodes. Expulsión de Doris	90
Capítulo XXXI.	El liberto Batilo denuncia a Antípatro, a quien Herodes somete a juicio	92
Capítulo XXXII.	Juicio de Antípatro ante Varo. Herodes enferma y cambia el testamento	94
Capítulo XXXIII.	Destrucción del águila de oro. Muerte de Antípatro y Herodes	98

LIBRO II

Desde la muerte de Herodes hasta el comienzo de la revuelta judía

Capítulo I.	De los sucesos de Herodes, y de la venganza del águila de oro que robaron	103
Capítulo II.	Arquelao en Roma. Antipas obstaculiza la confirmación de Arquelao. El emperador reúne al consejo. La defensa de Nicolás de Damasco	104
Capítulo III.	Sabino provoca una revuelta en Jerusalén. Lucha frente al Templo. Saqueo de los tesoros sagrados	107
Capítulo IV.	Anarquía en Judea. Las depredaciones de Judas. Simón y Atrogas	109
Capítulo V.	De lo que Varo hizo con los judíos que mandó ahorcar. Incendio de Séforis y Emaús. Devastaciones de los árabes	110
Capítulo VI.	De las acusaciones del pueblo contra Arquelao ante César. Defensa de Nicolás. El emperador divide el reino en tres partes	111
Capítulo VII.	El falso Alejandro. La crueldad de Arquelao; su destrucción. El sueño de Glafira	113
Capítulo VIII.	La etnarquía de Arquelao se transforma en provincia. Filosofía de las tres sectas judías, los esenios, los fariseos y los saduceos	115
Capítulo IX.	La muerte de Salomé. Pilatos procurador. El tumulto de las enseñas. Tiberio encarcela a Agripa. Calígula lo hace rey. Destierro de Antipas	119
Capítulo X.	Cayo ordena instalar sus estatuas en el Templo. Resistencia de los judíos; el debate de Ptolemáis con Petronio. Muerte de Calígula	121

Capítulo XI.	Del imperio de Claudio, del reino de Agripa y de su muerte. Judea convertida nuevamente en provincia	123
Capítulo XII.	Muchas y varias revueltas que se levantaron en Judea y en Samaria	125
Capítulo XIII.	Nerón amplía el reino de Agripa. Los sicarios y sus crímenes. De las revueltas que acontecieron en Judea en tiempo de Félix	127
Capítulo XIV.	De Albino y Floro, presidentes de Judea. Revueltas populares. Saqueo del Templo	129
Capítulo XV.	Otra matanza y destrucción hecha en Jerusalén. Floro estimula el conflicto. Destrucción de la fortaleza Antonia	133
Capítulo XVI.	Lo que hizo el tribuno Neopolitano, y del razonamiento que Agripa hizo a los judíos, aconsejándoles que obedeciesen a los romanos	135
Capítulo XVII.	Agripa es expulsado de la ciudad. En el cual se trata cómo comenzaron los judíos a rebelarse contra los romanos	143
Capítulo XVIII.	Del estrago y gran matanza de los judíos, hecha en Cesárea y en toda Siria. Represalia de los judíos. Ocupación de Galilea	147
Capítulo XIX.	Cestio pone sitio a Jerusalén. El fracaso de atacar la ciudad interior y el Templo. Retirada desastrosa de Cestio	153
Capítulo XX.	De la crueldad que los damascenos usaron contra los judíos, y de la diligencia de Josefo, autor de esta historia, hecha en Galilea	156
Capítulo XXI.	De los peligros que le pasaron a Josefo, y cómo se libró de ellos, y de la malicia y maldades de Juan <i>Giscaleo</i>	159
Capítulo XXII.	De qué manera se aparejaron y pusieron en orden los de Jerusalén para la guerra, y de la tiranía de Simón Giora	164

LIBRO III

Desde la intervención de Vespasiano hasta la caída de Gamala

Capítulo I.	La vida del general Vespasiano. Dos batallas de los judíos	167
Capítulo II.	Esfuerzos infructuosos de los judíos contra Ascalón. Vespasiano en Ptolemáis; los seforitas se someten	168
Capítulo III.	Descripción de Galilea, Samaria y Judea. El reino de Agripa...	170
Capítulo IV.	Del socorro que fue enviado a los seforitas, y de la disciplina y usanza de los romanos en las cosas de la guerra	172
Capítulo V.	El ejército romano; sus ejercicios. Marchas, señales y armamento. Táctica y disciplina	173
Capítulo VI.	Plácido vino contra Jotapata. Vespasiano sale de Ptolemáis. Desbandada del ejército de Josefo en Garis	175

Capítulo VII.	Cómo fue combatida Gadara. El cerco de Jotapata por Vespasiano. Diligencia de Josefo. Ingenios e instrumentos de guerra romanos.....	177
Capítulo VIII.	De qué manera se libró Josefo de la muerte	191
Capítulo IX.	Cómo Jope fue tomada otra vez y destruida. Cómo se rindió Tiberíades	195
Capítulo X.	De cómo fue sitiada Tariquea. De la laguna de Genazaret, y las fuentes del Jordán. De la destrucción de Tariquea.....	199

LIBRO IV

Desde el asedio de Gamala hasta el comienzo del sitio de Jerusalén

Capítulo I.	De cómo fueron cercados los gamalenses. Cómo Plácido ganó el monte Itaburio. Destrucción de Gamala	205
Capítulo II.	Tito toma Giscala. Juan huye a Jerusalén	211
Capítulo III.	Actividades de los zelotes. Traición de Juan de Giscala.....	214
Capítulo IV.	Venida de los idumeos en socorro de los de Jerusalén.....	221
Capítulo V.	Matanza de judíos hecha por los idumeos. Crueldad de los zelotes	227
Capítulo VI.	Alejamiento de los idumeos. Discordia que había entre los de Jerusalén	230
Capítulo VII.	El estrago de los gadarenses, y cómo se rindieron	233
Capítulo VIII.	Lugares que fueron tomados. Descripción de la ciudad de Jericó. La laguna del Asfalte	236
Capítulo IX.	Destrucción de Gerasa. Muerte de Nerón, Galba y Otó. Simón Geraseno, príncipe de la nueva conjuración. Maniobras de Vespasiano. Hechos de Simón contra los zelotes	239
Capítulo X.	Vespasiano es elegido emperador. Descripción de Egipto y de Faro. El emperador Vespasiano da libertad a Josefo	246
Capítulo XI.	Las costumbres de Vitelio y su muerte. Vespasiano envía a su hijo Tito para acabar la guerra con los judíos	249

LIBRO V

Desde el comienzo del sitio de Jerusalén hasta los primeros estragos del hambre

Capítulo I.	División de Jerusalén en tres bandos. Sufrimientos del pueblo	253
Capítulo II.	Peligro de Tito frente a Jerusalén. Escaramuzas y salidas de los judíos contra los romanos, mientras éstos asentaban su campamento.....	257

Capítulo III.	Revuelta de los judíos entre sí el día de la fiesta del pan sin levadura. El engaño que los judíos hicieron a los soldados romanos	261
Capítulo IV.	Descripción notable de la ciudad y del Templo de Jerusalén ...	263
Capítulo V.	Descripción del Templo. Los sacerdotes. La torre Antonia	267
Capítulo VI.	Los judíos rehúsan rendirse a los romanos. Acometidas de los sitiados	272
Capítulo VII.	Caída de una torre. Los romanos ganan dos muros. Un judío llamado Castor se burla de los romanos	275
Capítulo VIII.	Los romanos ganan por dos veces el segundo muro. Preparativos para atacar la tercera muralla	279
Capítulo IX.	Los terraplenes que Tito mandó levantar contra el tercer muro. La larga oración que Josefo hizo a los de la ciudad para que se rindiesen, y el hambre que los sitiados padecieron	280
Capítulo X.	Deserción de numerosos judíos. El hambre sus consecuencias.	286
Capítulo XI.	Crucifixión de prisioneros judíos. Los sitiados queman los terraplenes	289
Capítulo XII.	Tito manda construir una muralla alrededor de Jerusalén. El hambre y sus estragos entre los sitiados	292
Capítulo XIII.	Matanzas en la ciudad. Sacrilegio practicado en el Templo. Número de muertos en la población	295

LIBRO VI

Desde el ataque a la torre Antonia hasta la toma de Jerusalén por Tito

Capítulo I.	Ataques judíos a los muros y terraplenes de los romanos. Caída de la torre Antonia. Esfuerzo y fortaleza de un soldado romano llamado Juliano	301
Capítulo II.	Discurso y razonamiento que Josefo hizo a los judíos para que se rindiesen. Se reinicia el combate. Incendio de los pórticos del Templo	308
Capítulo III.	Los romanos perecen en las llamas engañados por los judíos. Hazañas de Sertorio. El hambre se agrava. Una mujer cuece a su hijo por esta causa	314
Capítulo IV.	Incendio del Templo. Cómo fue encendido y quemado el Templo contra la voluntad de Tito	317
Capítulo V.	Los sacerdotes y destrucción del Gazofilacio o tesoro del Templo. Señales y presagios que precedieron a la ruina y destrucción de Jerusalén	321
Capítulo VI.	Tito es aclamado en el Templo. Muerte de los sacerdotes	324
Capítulo VII.	Los robos que los sediciosos hicieron, y cómo se quemó la ciudad interior	328

Capítulo VIII.	Combaten en la Ciudad Alta, y cómo algunos de los judíos se pasaron y huyeron a Tito. La victoria de los romanos sobre toda la otra parte que les quedaba de la ciudad.....	329
Capítulo IX.	Entrada de Tito en Jerusalén. Número de los que hicieron cautivos y de los que murieron	332
Capítulo X.	Reseña breve de la historia de Jerusalén	334

LIBRO VII

Desde la destrucción de Jerusalén hasta la rebelión judía de Cirene

Capítulo I.	Jerusalén es arrasada. Tito premia a los soldados que pelearon bien	335
Capítulo II.	Navegación de Vespasiano. Captura y prisión de Simón	337
Capítulo III.	Tito celebra los cumpleaños de su padre y hermano matando judíos. Matanza de judíos en Antioquía.....	338
Capítulo IV.	Recepción de Vespasiano en Roma. Los hechos de Domiciano contra los germanos y galos	340
Capítulo V.	Tito ordena que se respeten los derechos de los judíos en Antioquía. Desfile triunfal de Vespasiano y Tito en Roma. Ejecución de Simón. Fundación del Templo de la Paz.....	342
Capítulo VI.	Baso toma a Herodia y a Maquero. Combate de Jardes	346
Capítulo VII.	Peto invade Comagena. Antíoco concier ta la paz con Vespasiano. Los alanos invaden Armenia	350
Capítulo VIII.	Los romanos atacan la fortaleza de Masada. Arenga de Eleazar...	352
Capítulo IX.	Los sitiados en Masada se dan la muerte exhortados por Eleazar. Captura de la fortaleza por los romanos	361
Capítulo X.	Muerte de los sicarios huidos a Egipto. Cómo fue cerrado el Templo de Onías en Alejandría	363
Capítulo XI.	Los judíos que fueron muertos en Cirene	365
BIBLIOGRAFÍA	369
ÍNDICE ANALÍTICO	375



PRÓLOGO



on importantísimas las obras de Flavio Josefo para la buena comprensión de los documentos del Nuevo Testamento. Puede decirse que sin el libro *Antigüedades de los Judíos* y todavía más, sin la obra que tenemos el placer de poner en manos de nuestros apreciados lectores, *Las Guerras de los Judíos*, sería imposible representarnos el periodo greco-romano de la historia de Israel.

En la autobiografía de Josefo, el mismo nos relata su procedencia de una familia de alta jerarquía sacerdotal. Nació en el año 37 o 38 de nuestra Era (o sea, en los mismos inicios del cristianismo) y en el primer año del reinado de Caligula. Realizó estudios brillantes, de manera que a los 14 años ya era consultado acerca de algunas interpretaciones de la ley. Conoció las sectas o partidos religiosos principales en que se dividían entonces los judíos, y nos dice que estuvo tres años en el desierto bajo la dirección de un ermitaño llamado Banos, probablemente esenio o relacionado con la secta de los esenios, aunque el mismo Josefo no lo dice. Cuando creyó estar suficientemente instruido, dejó su retiro y se adhirió al fariseísmo. Por este tiempo los judíos se dividían en tres partidos principales: los saduceos, los fariseos y los esenios. Representaban la derecha, la izquierda y la extrema izquierda del legalismo judío.

Los saduceos se reclutaban entre la nobleza, los sacerdotes y los que hoy llamaríamos intelectuales; eran afectos a la cultura helena o griega y no creían en una misión especial de carácter sagrado por parte de los judíos como consecuencia del llamamiento de Abraham. No admitían ni la fe en la resurrección de los muertos ni la angeología de los fariseos, y no tenían simpatía alguna por el mesianismo. En religión se limitaban a la Torá o Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia. Los encontramos con frecuencia unidos con los sacerdotes y escribas como enemigos confederados de Jesucristo, ya que, aunque parezca incongruente, algunos de los sacerdotes pertenecían a este partido escéptico. En política se consideraban realistas, y les parecía utópica la idea de una dominación judía del mundo, atribuible a los delirios apocalípticos tan comunes en la literatura de la época. Formaban una minoría muy pequeña, pero grandemente influyente en los días de Cristo.

Los fariseos, en cambio, pertenecían a la clase media del pueblo, y formaban un partido legalista estrictamente ortodoxo, en guerra contra las influencias extranjeras. Sostenían que los judíos debían ser un pueblo santo, dedicado a Dios. Su reino era el Reino de Dios. Se destacaban mucho en la sinagoga, donde el pueblo recibía instrucción de los más cultos entre ellos, y eran muy admirados por tal razón por el pueblo; pero Jesús descubre entre ellos mucha hipocresía. Como es bien sabido, Saulo de Tarso militó en sus filas, hasta que fue escogido por el Señor.

En cuanto a los esenios, sabemos que formaban una pequeña minoría religiosa que vivían en comunidades, de un modo muy parecido a los monjes cristianos, retirados en las soledades del desierto. Su ideal era tanto político como religioso. Procuraban poner en práctica un humanitarismo muy estricto y prestaban absoluta obediencia al superior, llamado el Maestro de Justicia.

Los esenios se consideraban como el pueblo escatológico de Dios, pues creían que su cumplimiento de la ley traería la intervención divina en forma de una guerra que pondría fin a todos los gobiernos de la Tierra; por tanto, para la admisión en la secta se requería un noviciado de dos o tres años, la renuncia a la propiedad privada y, en muchos casos, al matrimonio. Una vez aceptado el nuevo miembro, trabajaba en faenas agrícolas y se empleaba en artes manuales, pero sobre todo se dedicaba al estudio de las Escrituras. Tenían asambleas comunitarias y practicaban abluciones diarias y exámenes de conciencia.

El descubrimiento de las cuevas de Qumram nos ha proporcionado en estos últimos años muchos datos acerca de la vida de esta comunidad judía y su partido dentro del pueblo de Israel, más que aquello que tenemos de los fariseos y saduceos, aunque éstos habían sido, hasta hoy, más conocidos por las abundantes referencias que de ellos tenemos en el Nuevo Testamento.

Tal era, poco más o menos, el cuadro social, político y religioso de Israel en tiempos de Josefo —y asimismo en tiempos de Jesucristo y sus apóstoles—, y ello es lo que hace fascinantes los relatos de Josefo, por sus coincidencias con el Nuevo Testamento, que acreditan la veracidad histórica de los libros sagrados.

En el año 64, Josefo fue encargado de ir a Roma con la misión de solicitar la libertad de dos fariseos detenidos por la autoridad romana. Allí fue presentado a Popea, esposa de Nerón, a la que halló bien dispuesta en favor del pueblo judío, como resultado de los informes que había recibido de un comediante judío llamado Alitiros. Gracias a Popea, Josefo obtuvo éxito en su demanda: sus compatriotas fariseos fueron puestos en libertad y, por añadidura, recibió de la emperatriz algunos regalos.

Se cree que de esa estancia en Roma provino su sentimiento, si no de lealtad inmediata hacia los romanos, por lo menos la convicción de que el poder romano era invencible, y desafiarlo constituía una locura de los judíos. Cuando, poco después de regresar a Judea, estalló la revuelta judía del año 66 se puso a su servicio, pero con una confianza ya desfallecida por anticipado.

A pesar de su convicción pro-romana que le presentaba la empresa como una alucinación de los patriotas judíos, no rehuyó su concurso a la lucha. Encargado, seguramente por Josué-ben-Gamala, de defender Galilea, acaso no puso mucho ardor en esa tarea. El lector encontrará en estas páginas cómo fue sitiado por Vespasiano en la fortaleza de Jotapata y las tretas con que se defendió. La rendición fue en condiciones poco gloriosas, reputada más bien como vergonzosa por los patriotas judíos, y la acogida que encontró inmediatamente ante el vencedor nos hace comprender cuál era su estado de ánimo y la influencia que había recibido de su estancia en Roma.

Desde el campo de los romanos pudo enterarse con muchos detalles del sitio de Jerusalén, y desde él instó en vano a los judíos a apresurar su capitulación, pues temía para sus compatriotas las consecuencias de su terquedad.

Después de la toma y saqueo de la ciudad santa, creyó sensato escapar a la probable venganza de algunos patriotas exaltados que criticaban su conducta, y siguió a Tito a Roma. Allí le fue concedida la ciudadanía romana y tomó el nombre de Flavio, por la casa Flavia, como convenía al judío importante que frecuentaba el trato de Vespasiano y de Tito.

Como quiera que se trata de un hombre que sabía manejar bien la pluma, tanto cuando escribía en arameo como en griego, los eruditos lamentan que no dé más detalles de las fuentes que utilizó para su trabajo; pero el ser testigo de vista dice mucho en su favor, ya que habla de su experiencia, aunque es de notar que más que historiador es un apologista que acumula deliberadamente hechos de su especial interés.

Josefo fue un hombre de acción, guerrero, estadista y diplomático. Por fuerza había de teñir con colores personales los hechos que refiere, de los cuales no ha sido solamente un espectador, sino un actor apasionado.

Josefo repite sus protestas de que ha escrito sólo para quienes aman la verdad, y no para los que se deleitan con relatos ficticios. Advierte que no ha de admirarse tanto la belleza de su estilo como la sujeción a la verdad; pero el hecho real es que no es un escritor desmañado. Al contrario, emplea con bastante éxito los recursos del arte literario. Y los discursos que pone en boca de algunos de sus personajes son bellos y bien probables, si no literalmente exactos.

Por ello, todos los historiadores a través de veinte siglos, a pesar de las críticas de que han sido objeto sus libros, han tenido que recurrir a ellos como una valiosa fuente de información.

Sobre todo para los cristianos, las obras de Josefo son de un indudable e inapreciable valor histórico para cotejarlas con los relatos inspirados que tenemos en el Nuevo y aun en el Antiguo Testamento.



PREFACIO

Propósito de la obra y plan seguido en su desarrollo

1.

Porque la guerra que los romanos sostuvieron contra los judíos es la mayor de cuantas nuestra edad y nuestros tiempos vieron, y mayor que cuantas hemos jamás oído de ciudades contra ciudades o de naciones contra naciones, hay algunos que la escriben, no por haberse en ella hallado, recogiendo y juntando cosas vanas e indecentes a las orejas de los que las oyen, a manera de oradores: y los que en ella se hallaron, cuentan cosas falsas, o por ser muy gratos a los romanos, o por aborrecer en gran manera a los judíos, atribuyéndoles a las veces en sus escritos vituperio, y otras elogiándolos y levantándolos; pero no se halla en ellos jamás la verdad que la historia requiere; por tanto, yo, Josefo, hijo de Matatías, hebreo, de linaje sacerdote de Jerusalén, pues al principio peleé con los romanos, y después, siendo a ello por necesidad forzado, me hallé en todo cuanto pasó, he determinado ahora de hacer saber en lengua griega a todos cuantos reconocen el imperio romano, lo mismo que antes había escrito para los bárbaros en lengua de mi patria.

2. Porque cuando, como dije, se movió esta gravísima guerra, estaba con guerras civiles y domésticas muy revuelta la República Romana. Los judíos, esforzados en la edad, pero faltos de juicio, viendo que florecían, no menos en recursos, que aprovechó las perturbaciones que se levantaron con esperanza de conquistar el Oriente, mientras que los romanos con miedo de que se lo quitaran se amedrentaron en gran manera. Pensaron los judíos que se habían de rebelar todos los pueblos de su misma raza, que estaban en la otra parte del Éufrates, contra los romanos. Molestaban a los romanos sus vecinos los galos: los germanos no estaban tranquilos: estaba el universo lleno de discordias después del imperio de Nerón; había muchos que con la ocasión de los tiempos y revueltas tan grandes, pretendían alzarse con el imperio; y todos los ejércitos, por tener esperanza de mayor ganancia, deseaban trastornar todo.

Por cosa, pues, tan indigna, tuve que dejar de contar la verdad de los acontecimientos tan grandes que pasaban, y no hacer saber a los partos, a los de Babilonia, a los árabes más apartados, a los de mi nación que viven de la otra parte del Éufrates, y los adiabenos conocían, gracias a mis trabajos, el origen de la guerra, cuántas muertes, su desenlace, y qué fin tuvo;

pues los griegos y muchos de los romanos, aquellos que no tomaron parte en la guerra, engañados con mentiras y lisonjas.

3. Y sin embargo osan escribir historias; las cuales, según mi parecer, además que no contienen cosa alguna de lo que verdaderamente pasó, pecan también en que pierden el hilo de la historia, y se pasan a contar otras cosas; porque queriendo levantar demasiado a los romanos, desprecian en gran manera a los judíos y todas sus cosas. No entiendo, pues, yo ciertamente cómo pueden ser grandes los que sólo han vencido a los pequeños. No se avergüenzan de la prolongada duración de la guerra, ni el enorme número de soldados del ejército romano, ni de la grandeza de los capitanes, cuya gloria, en verdad, es menoscabada, cuyos esfuerzos y trabajados por ganar Jerusalén caen en desprecio si se les quita parte o algo del loor que, por la importancia de sus éxitos merecen.

4. Sin embargo no me propongo con alabanzas a los míos, por contradecir a los que dan tanto loor y levantan tanta gloria a los romanos: antes quiero contar los hechos de los unos y de los otros, sin mentira y sin exageraciones, conformando las palabras con los hechos. En cuanto a la apreciación de los acontecimientos, no podría abstraerme de mis propios sentimientos, ni negarle a mi dolor la libertad de llorar por la destrucción de mi patria. Porque testigo es de ello el emperador y César Tito, que lo ganó todo, como mi patria fue destruida por las grandes discordias de los naturales, fueron juntamente con los grandes tiranos de los judíos quienes atrajeron sobre el santo Templo el brazo de los romanos, compelidos y obligados pusiesen fuego a todo, y abrasasen el sacrosanto templo, el emperador Tito que teniendo todo el tiempo de la guerra gran misericordia del pobre pueblo subyugado sediciosos; y aun muchas veces postergó voluntariamente la ruina de la ciudad y trató, prolongando el sitio, de dar a los culpables tiempo para arrepentirse.

Se me podrán criticar las acusaciones que lanzo contra los tiranos y sus turbas de ladrones de los grandes latrocinios y robos que hacían, o que me alargó en lamentar las miserias de mi Patria, algo más de lo que la ley de la verdadera historia requiere, pero se me tendrá que perdonar mi dolor; porque de todas las ciudades que reconocen y obedecen al imperio romano, no hubo alguna que llegase jamás a la cumbre de toda felicidad, sino la nuestra; ni hubo tampoco alguna que tanto miseria padeciese, y al fin fuese tan miserablemente destruida.

Si finalmente quisiéramos comparar las adversidades y destrucciones que han sido desde el comienzo del universo todas son ciertamente inferiores y de menos tono a las nuestras; y como no son los extranjeros los culpables, no he podido contener mis quejas. No discutiré con los críticos severos con respecto a la emoción; que atribuyan los hechos a la historia, y las lágrimas al historiador.

5. Además, cómo no culpar a aquellos griegos ilustrados que, habiendo pasado en sus tiempos cosas tan grandes, con las cuales si queremos comparar todas las guerras pasadas parecen muy pequeñas y de poca importancia, se erigen en jueces implacables de los autores dedicados al estudio de esos hechos, autores inferiores a sus críticos en elocuencia pero su-

periores en criterio, mientras escriben ellos los hechos de los asirios y de los medos, como si estuvieran mal escritos por los historiadores antiguos; porque los antiguos sin excepción se dedicaban a escribir la historia de sus propios tiempos, porque trabajan cada uno en escribir lo que había visto y en verdad pasaba; el conocimiento directo de lo que pasaba daba a sus relatos la claridad de la vida, teniendo por cosa deshonesto mentir entre aquellos que sabían muy bien la verdad de lo que pasaba. Escribir para el recuerdo de los hombres cosas nuevas y no sabidas antes, y reunir para los descendientes las cosas que en su tiempo pasaron, es una empresa que sin duda merece elogios; el verdadero trabajador no es el que se conforma en retocar el orden y disposición dada por otro; sino el que refiere hechos inéditos y compone una historia con entera originalidad. Yo, siendo extranjero, no ahorraré gastos ni esfuerzos para hacer historia de las cosas que pasaron, para dejar recuerdos de hechos memorables a los griegos y romanos, mientras que los griegos de nacimiento, tan prontos a abrir las bocas y desatar la lengua tratándose de ganancias y procesos, cuando se trata de la historia, en la cual han de contar la verdad y han de recoger todo lo que pasó a costa de grandes esfuerzos, en esto callan, y dejan poder a los que menos saben y menos pueden, para escribir los hechos y hazañas hechas por los grandes capitanes. Entre nosotros se honra la verdad de la historia; ésta entre los griegos es menospreciada.

6. Contar el principio de los judíos, quienes eran y de qué manera se libraron de los egipcios, qué tierras y cuán diversas hayan recorrido, cuáles hayan habitado y su posterior deportación, creo que no éste el lugar oportuno para relatarla, y además lo considero superfluo; porque hubo muchos judíos antes de mí que dieron una minuciosa relación de la historia de nuestros padres en escrituras públicas, y algunos griegos, tradujeron a lengua lo que habían los otros escrito, sin alterar sensiblemente la verdad; Tomaré yo el principio de mi historia donde ellos y nuestros profetas acabaron. Contaré la guerra hecha en mis tiempos con el mayor acopio de detalles y con toda meticulosidad que me fuera posible los de la guerra que yo presencié, limitándome a un breve resumen para aquellos que ocurrieron antes de mi tiempo.

7. Relataré, por lo tanto, de qué manera Antíoco, llamado Epifanes, habiendo ganado a Jerusalén, y habiéndola tenido tres años y seis meses bajo de su imperio, fue expulsado de ella por los hijos de Asmoneo; después, cómo los descendientes de éstos, se disputaron el trono, interviniendo en su querrela los romanos y Pompeyo y así viniesen a desposeerlos y privarles de su libertad. De qué manera Herodes, hijo de Antípatro, dio fin a la prosperidad y dinastía de ellos, con la ayuda y socorro de Sosio. Cómo también, después de la muerte de Herodes, nació la discordia entre ellos y el pueblo, siendo emperador Augusto, y Quintilio Varo gobernador de las provincias y tierras de Judea; la de la guerra se levantó a los doce años del imperio de Nerón, de los acontecimientos que ocurrieron bajo el gobierno de Cestio y de los lugares que en su primera acometida ocuparon por fuerza los judíos.

8. Hablaré luego de las fortificaciones que levantaron en las ciudades vecinas; de cómo Nerón, por causa de las derrotas recibidas por Cestio y temeroso de se produjera la

ruina completa del imperio, hizo capitán general a Vespasiano, y éste acompañado de su hijo mayor entró al territorio de los judíos; de las fuerzas, romanas o aliadas, con las cuales se extendió por toda la Galilea, y cómo tomó las ciudades de esta provincia, unas por la fuerza y otras mediante pactos.

En esta parte del libro contaré también brevemente la notable disciplina observada por los romanos en las cosas de la guerra; la preparación de sus legiones; luego a la extensión y la naturaleza de las dos Galileas, los límites de Judea y sus particularidades, la calidad de esta tierra, las lagunas, las fuentes; resaltaré asimismo los daños que sufrieron las ciudades conquistadas, y en contarlo no pasaré de lo que a la verdad fielmente he visto y aun padecido; no ocultaré ninguno de mis propios infortunios, ya que haré mi relato para que lo lean las personas que conocen los hechos.

9. Contaré a continuación la muerte de Nerón, cuando ya el estado de los judíos empeoró, siendo llamado Vespasiano, que se dirigía hacia Jerusalén para ocupar la dignidad imperial; enumeraré las señales que recogió al respecto, las revoluciones ocurridas en Roma, las mutaciones y revueltas que hubo en Roma, y cómo fue declarado emperador, contra su voluntad, por todos los soldados, y cómo partiendo después para Egipto, a poner orden en el Imperio, fue perturbado el estado de los judíos por revueltas y levantamientos internos en Judea, donde surgieron tiranos que lucharon entre ellos.

10. Volviendo Tito después de Egipto a Judea, invadiendo por segunda vez nuestra patria; explicaré de qué manera reunió su ejército, y en qué lugares y en qué cantidad obtuvo los soldados; en qué estado se hallaba la discordia en la ciudad a su llegada; Hablaré de los ataques que Tito llevó a cabo, y de sus esfuerzos para aproximarse a ella; me referiré, también, a las tres murallas que rodeaban a nuestra ciudad; la munición y fortaleza de la ciudad, sus dimensiones, nuestras fuerzas, la disposición del recinto sagrado y del Templo; el espacio del altar y su medida, todo con la mayor exactitud; contaré algunas costumbres de la fiestas, y los siete grados de pureza, las funciones y oficios del sacerdote sus vestimentas y el ropaje del sumo pontífice, y el santuario del Templo, sin omitir ni añadir nada.

11. Describiré después la crueldad desencadenada de los tiranos de Judea contra sus compatriotas; contrastando con la humanidad y clemencia de los romanos con la gente extranjera; cuántas veces Tito, deseando salvar la ciudad y conservar el Templo, invitó a avenirse a las facciones a buscar y pedir la paz y la concordia.

Relataré los sufrimientos y desdichas de todo el pueblo, y cuántos males sufrieron, unas veces por guerra, otras por sediciones y revueltas, otras por hambre, y cómo terminaron por reducirlos a la esclavitud. No dejaré de contar las muertes de los que huían, ni el castigo y suplicio que los cautivos recibieron; referiré cómo fue incendiado, contra la voluntad de César, todo el Templo, hablaré de los objetos sagrados y las señales y portentos maravillosos que antes de acontecer casos tan horribles precedieron al acontecimiento; cómo fueron capturados y presos los tiranos, y quiénes se vendieron como esclavos y los distintos destinos que sufrieron. Luego los romanos prosiguieron su victoria, y derribaron



de raíz todos los fuertes y defensas de los judíos, y ganando Tito todas estas tierras, las redujo a su mandato y su regreso a Italia, y su triunfo.

12. Todo esto que he dicho, lo he escrito en siete libros. No daré a los que conocen los hechos y los que han asistido a la guerra algún motivo de queja o de acusaciones; me refiero a aquellos que desean saber la verdad y no el placer. Y comenzaré mi historia por el orden que sumariamente lo he contado.



LIBRO I

*Desde la toma de Jerusalén por Antíoco Epífanes
hasta la muerte de Herodes el Grande*

CAPÍTULO I

*Disensiones entre los nobles judíos. Antíoco Epífanes toma Jerusalén.
Levantamiento de Matatías y hazañas y muerte de Judas Macabeo¹*

1.

Estando discordes entre sí los príncipes de los judíos en el tiempo que Antíoco, llamado Epífanes disputaba con Tolomeo el sexto sobre el Imperio de Siria, Era una querrela de ambición y de poder, porque ninguno de los grandes personajes quería estar subordinado a sus iguales; Onías, uno de los pontífices, conquistó la supremacía sobre los otros, echó de la ciudad a los hijos de Tobías. Estos entonces buscaron el amparo a Antíoco, suplicándole muy humildes armase ejército contra Judea, que ellos lo guiarían. Y el rey, que tenía esa intención desde hacía mucho tiempo, fácilmente consintió con lo que ellos suplicaban. De manera que se puso en marcha; y después de haber combatido la ciudad con gran fuerza, la tomó, y mató gran cantidad de los amigos de Tolomeo, entregó la ciudad a los suyos para saquear la ciudad, él mismo robó lo que contenía el templo, y prohibió por tiempo de tres años y seis meses la práctica solemne de los sacrificios diarios.

El sumo sacerdote Onías se refugió con Tolomeo, de quien recibió tierra en la región heliopolitana, fundó allí un pueblo muy semejante al de Jerusalén, y edificó un templo. En el momento y lugar oportunos volveremos a hablar de este suceso.

2. Pero no se contentó Antíoco con tomar la ciudad, ni robar y matar a su placer; antes, desenfrenado por la violencia de sus pasiones, acordándose de los sufrimientos que habían padecido en el cerco de Jerusalén, impulso a los judíos que, en contra de sus leyes nacionales, no circuncidasen sus niños, y que sacrificasen cerdos en el altar. Los judíos desobedecieron la

1. La división en capítulos, párrafos y los sumarios no son de Josefo, sino del editor. Lo mismo que los *títulos* de pie de nota de las ilustraciones..

orden, y los que se mostraron en defender esta causa eran degollados. Báquides hecho gobernador militar de la ciudad, por Antíoco, obedeciendo a todo lo que le había mandado, por su crueldad natural, ultrajó uno a uno a todos los ciudadanos más ilustres y amenazó diariamente a todo el país con el cautiverio, hasta que la crueldad de los crímenes que recibían estimuló a sus víctimas a tratar de vengarse.

3. Finalmente, Matatías, hijo de Asamoneo, uno de los sacerdotes que vivía en Modin, tomó las armas con su familia y sus cinco hijos y mató a Báquides a puñaladas, y temiendo a las guarniciones enemigas, huyó hacia los montes, donde se reunieron con gran número de compatriotas; recuperó la esperanza, bajó a la planicie, presentó batalla y venció a los generales de Antíoco, y los echó de todos los términos de Judea. El triunfo afirmó su poderío; agradecido por haber echado al extranjero, sus compatriotas lo nombraron príncipe. Murió dejando el poder Judas, su primogénito.

4. Judas, presumiendo que Antíoco no descansaría, reclutó un ejército de su país y fue el primero que hizo alianza con los romanos. Cuando Antíoco Epifanes volvió a invadir el territorio de Judea lo rechazó infligiéndole grandes daños. Y con el entusiasmo de la reciente victoria, se lanzó inmediatamente contra la última guarnición de Jerusalén. Expulsando a los soldados extranjeros de la Ciudad Alta, que se llama Sagrada, a la Ciudad Baja, denominada también Acra. Se apoderó del templo, lo purificó, lo rodeó de murallas, hizo fabricar vasos para el servicio y culto divinos, como que los que solían estar antes de ser profanados; edificó otro altar y dio comienzo a los sacrificios expiatorios. Apenas había cobrado la ciudad el rito y ceremonias sagradas, cuando Antíoco murió. Quedó por heredero de su reino y su odio a los judíos, su hijo, llamado también Antíoco.

5. Por lo cual, reunió unos cincuenta mil hombres de a pie y casi cinco mil de a caballo y ochenta elefantes, y marchó a los montes de Judea, y tomó la pequeña ciudad de Betsur, pero Judas le salió al encuentro con su gente en un estrecho desfiladero, cerca del lugar llamado Betzacaría, y le cortó el paso; y antes que los escuadrones entraran en contacto, su hermano Eleazar, vio un elefante mayor que los otros, el cual traía una gran torre y armaduras doradas, pensando que venía allí Antíoco, se adelantó de sus compañeros, y abriéndose paso por medio de sus enemigos, llegó al elefante, pero no pudiendo alcanzar, por la altura a que se hallaba, el que Eleazar creía que era el rey; hirió al elefante en el vientre; la mole del animal cayó sobre él mismo, y murió. Solo consiguió realizar una gran hazaña y sacrificar la vida por la gloria, porque el que montaba el elefante era un particular, y aunque hubiese sido Antíoco, el autor de la audaz proeza habría ganado la gloria lo mismo, porque parecía haber buscado la muerte con la esperanza de obtener una hazaña tan memorable.

El hermano de Eleazar vio en este hecho una señal del fin que tendría el combate. Pelearon los judíos mucho tiempo y muy valerosamente; pero fueron finalmente vencidos por el rey superior en número y favorecido por la fortuna, obtuvo finalmente la victoria. Después de ver caer gran número de judíos, Judas huyó con el resto de sus hombres a la comarca de Gofna. Partiendo Antíoco de allí para Jerusalén, y habiéndose detenido algunos días, se retiró

por la falta de víveres, dejando en la ciudad una guarnición la gente que le pareció suficiente, y llevándose los demás a pasar el invierno en Siria.

6. Cuando el rey partió, no se quedó inactivo Judas; reclutó numerosos compatriotas los sobrevivientes de la guerra, fue a presentar batalla a los generales de Antíoco en un lugar llamado Adasa. Mostró en la lucha prodigios de bravura, matando a muchos de sus enemigos, pero murió en el combate. Pocos días después su hermano Juan, cayó preso en una emboscada de los partidarios de Antíoco y fue asesinado.

CAPÍTULO II

Gobierno de Jonatán y de Simón. Juan Hircano contra Ptolomeo.

Juan Hircano y Antíoco. Triunfos de Juan Hircano

1. Su hermano Jonatán, que lo sucedió, supo evitar las emboscadas y afirmó su poder mediante su amistad con los romanos, ganó también amistad con el hijo de Antíoco; pero a pesar de todas estas cosas no pudo escapar del peligro. Porque Trifón, tirano tutor del hijo de Antíoco que conspiraba desde hacía mucho tiempo contra su pupilo, tratando de quitar los amigos al joven rey, se apoderó a traición de Jonatán, cuando éste se dirigía a Ptolemáis para hablar con Antíoco acompañado por un séquito poco numeroso. Trifón lo cargó de cadenas y levantó su ejército contra Judea; rechazado por Simón hermano de Jonatán, muy furioso por su derrota mandó matar al prisionero.

2. Ocupándose Simón con energía del gobierno, tomó valerosamente Gazara, Jope y Jamnia, ciudades de la región, y arrasó la fortaleza (el Acra), después de dominar su guarnición. Luego se alió con Antíoco, contra Trifón, a quien el rey había sitiado en la ciudad de Dora, antes de partir en su expedición contra los medos.

Pero no pudo con esto hartar la codicia del rey, aunque le hubiese también ayudado a matar a Trifón. Poco después Antíoco envió un capitán de los suyos, Cendebeo, con un ejército, para que destruyese Judea y apoderarse de Simón. Este, a pesar de su vejez, inició la guerra con ardor juvenil, envió delante a sus hijos con los más valientes y fuertes; y él, acompañado con parte del pueblo, encabezó personalmente una de las tropas para llevar un ataque por otro punto. Tendió numerosas emboscadas en los montes, los venció en todos los encuentros. Después de ésta brillante victoria, fue hecho y declarado sumo sacerdote, y libró a los judíos de la sujeción y señorío de Macedonia, en la cual habían estado doscientos setenta años dominados.

3. Este, finalmente, murió en una emboscada que le tendió durante un banquete su yerno Ptolomeo. El asesino tomó prisioneros a la mujer y a dos de los hijos de Simón, y envió esbirros para que matasen a Juan tercero, que por otro nombre fue llamado Hircano. Advertido de su llegada, el joven se apresuró a la ciudad, confiado en el pueblo, que conservaba recuerdo y memoria de su padre, y porque también aborrecía la maldad de Ptolomeo. Este también quiso entrar en la ciudad por la otra puerta, pero fue rechazado por todo el pueblo, el cual antes había ya recibido a Hircano.

Ptolomeo se retiró a una fortaleza llamada Dagón, próxima a Jericunta (Jericó). Hircano, que sucedió a su padre en el sumo sacerdocio ofreció un sacrificio a Dios y se lanzó en persecución de Ptolomeo para liberar a su madre y sus hermanos.

4. Puso sitio a la fortaleza y dominó en todo; pero se dejó vencer por su bondad natural. Porque Ptolomeo, cuando era presionado por el asedio, sacaba a la madre y sus hermanos de Hircano, a la parte más alta del muro, para que pudiesen ser vistos por todos, y los azotaba, amenazando que los arrojaría si no se retiraba. Ante este espectáculo la cólera de Hircano cedió a misericordia y temor. Pero su madre, alzando las manos rogaba a su hijo que no se dejara impresionar por el indigno tratamiento que sufría y no perdonara al impío Ptolomeo, porque ella prefería más la muerte con que Ptolomeo le amenazaba, con tal que él pagase la pena que debía por la impía crueldad que había cometido contra la familia de ellos. Viendo a su madre tan pertinaz en esto, y obedeciendo lo que ella le rogaba, Juan Hircano resolvió atacar; pero al verla azotar y dilacerar se enterneció y de su dolor.

El sitio se prolongó, hasta que llegó el año de la fiesta, la cual se celebraba muy solemnemente cada siete años los judíos consagran un año entero cesando toda obra, por ejemplo del séptimo día de cada semana. Libre del asedio, Ptolomeo mató a los hermanos y a la madre de Juan y huyó buscando amparo a Zenón, llamado, tirano de Filadelfia.

5. Enojado Antíoco por las cosas que había sufrido de Simón, juntó a su ejército e invadió Judea; se apostó frente a Jerusalén y cercó a Hircano. Este, hizo abrir el sepulcro de David, que había sido el más rico de todos los reyes, y extrajo de allí más de tres mil talentos, ofreció a Antíoco trescientos talentos para que levantara el sitio; y con el resto del dinero empezó a pagar tropas de mercenarios, siendo el primer judío que las tomaba.

6. Más tarde, cuando Antíoco partió para realizar una campaña contra los medos, Hircano encontró la ocasión para vengarse: atacó las ciudades vecinas de Siria, pensando que no habría gente que las defendiese, lo cual fue así. Tomó a Medaba y a Samea y los lugares cercanos; a Siquem y Garizim, demás, a la nación de los cuteos, que vivían cerca de un templo que había sido edificado a semejanza del de Jerusalén. Tomó otras muchas ciudades de Idumea, y a Adoreón y Marifa.

7. Después avanzó hasta Samaria, fundada por el rey Herodes, donde ahora se encuentra la ciudad de Sebaste. La rodeó y encargó de su asedio a sus dos hijos Aristóbulo y Antígono; éstos ejercieron una vigilancia tan rigurosa que sus habitantes, obligados por la extrema escasez, eran forzados a comer la carne que no estaban acostumbrados. Llamaron a su auxilio, para que les ayudase a Antíoco, llamado por sobrenombre Aspendio, el cual, respondió a su pedido, pero fue vencido por Aristóbulo y por Antígono. Perseguido por los dos hermanos llegó hasta Escitópolis y se salvó; aquellos se volvieron inmediatamente a Samaria, volvieron y encierran otra vez al pueblo dentro de las murallas, tomaron la ciudad la destruyeron y redujeron a sus habitantes, llevándose presos todos los que allí dentro vivían. Impulsados por el triunfo y sin dejar que se enfriara el entusiasmo; avanzaron su ejército sobre Escitópolis, la tomaron y saquearon todos los campos y tierras que estaban alrededor del monte Carmelo.

8. La envidia de las hazañas y la prosperidad de Juan y de sus hijos movió a los gentiles a discordia y sedición, gran cantidad de ciudadanos comenzaron a conspirar, y siguieron agitando al pueblo hasta que todos fueron llevados en guerra abierta. Viviendo, pues, todo el otro tiempo Juan vivió prósperamente y habiendo administrado sabiamente todo el gobierno durante treinta y tres años, murió dejando cinco hijos. Varón ciertamente bienaventurado, el cual no había dado ocasión alguna por la cual alguno se pudiese quejar de la fortuna. Reunió tres grandes ventajas: el gobierno de su país, sumo sacerdote, y además de esto profeta, con quien Dios hablaba de tal manera, que nunca ignoraba algo de lo que había de acontecer, de éste modo profetizó cómo sus dos hijos mayores no serían gobernadores, de los cuales qué fin hayan tenido en la vida, pienso que no será cosa indigna de contarlo ni de oírlo, y qué lejos hayan estado de la prosperidad y dicha de su padre.

CAPÍTULO III

Advenimiento de Aristóbulo. Sus primeros actos. Muerte de su hermano Antígono. Predicción de Judas el esenio. Fin de Aristóbulo

1. Porque Aristóbulo, que era el hijo mayor, después de que a su padre murió, transfiriendo su principado en reino, fue el primero que se usó corona de rey cuatrocientos ochenta y un años y tres meses después de haber regresado el pueblo de Judea, de la servidumbre y cautividad en Babilonia.

Honraba a su hermano Antígono, que era en la sucesión segundo, porque mostraba amarlo con igual afecto, pero puso a los otros hermanos en la cárcel encadenados y con guardias; encarceló también a su madre que le disputó el poder y a quien Juan le legara todo por testamento, y fue tan cruel con ella, que estando atada y en la cárcel, la dejó morir de hambre.

2. Pagó todos estos hechos y maldades con la muerte de su hermano Antígono, a quien él amaba mucho y a quien había asociado al trono, porque también lo mató con calumnias que fraguaron pérfidos cortesanos. Al principio Aristóbulo no creía lo que le decían, porque estimaba a su hermano y atribuía las imputaciones a la envidia que le tenían. Pero un día que Antígono regresó de la guerra con gran pompa, para asistir a la fiesta solemne que ellos, según costumbre de la patria, celebraban a Dios levantando los tabernáculos, sucedió que Aristóbulo cayó enfermo, y Antígono, al finalizar las fiestas y solemnidades, subió al Templo, rodeado por su escolta de soldados para orar por su hermano; y entonces, viniendo acusadores llenos de toda maldad delante del rey, alegaban del espléndido la arrogancia y la soberbia de Antígono, como excesivo para una persona: le dijeron que había vuelto con un gran ejercito para dar muerte a su hermano, porque pudiendo ser rey él, no se contentaba solamente con los honores de la realeza.

3. Aristóbulo, a pesar suyo, creyó poco a poco a estos dichos y por no demostrar sospecha y preocupado por prevenirse de un peligro, mandó pasar la gente de su guarda a un lugar oscuro, como un sótano del lugar donde vivía y donde estaba enfermo; en la torre llamada antes Baris, el cual

después fue llamado Antonia, y ordenó que dejaran pasar a Antígono si venía sin armas y lo matasen si se presentaba armado. Además de esto, envió gente que avisasen a Antígono de que fuera sin armas.

Pero la reina pactó con los malvados y convenció a los mensajeros, que callaran lo que el rey les había mandado, y que dijesen a Antígono que su hermano había oído de que había traído de Galilea una bellissima armadura y un equipo militar, que no había podido ver, impedido por su enfermedad, y que ahora le causaría un gran placer verle armado, principalmente sabiendo que había de partir e irse a otra parte.

4. Oídas estas cosas, Antígono, no pudiendo pensar mal, por el amor y la relación que le tenía su hermano, venía aprisa armado con todas sus armas, como si fuera a un desfile. Pero cuando llegó a un pasadizo oscuro, que se llamaba la torre de Estratón, fue muerto por los de la guarda del rey, prueba categórica de cómo la calumnia puede romper todos los lazos del afecto y de la naturaleza y que ninguna buena afición vale tanto que pueda perpetuamente resistir y refrenar la envidia.

5. En esto también, ¿quién no se maravillará de Judas? Era de linaje esenio, el cual nunca erró en profetizar ni jamás mintió. Pasando Antígono por el Templo, exclamó, dirigiéndose a sus familiares (porque tenía muchos discípulos y hombres que venían a pedirle consejo): “¡Ahora ya puedo morir!, pues la verdad murió, quedando yo en vida. Una de mis predicciones ha dejado de cumplirse. Hoy debía ser muerto Antígono, y el lugar señalado para su muerte es la torre de Estratón, que está a seiscientos estadios de aquí. Es la cuarta hora del día, y el tiempo pasa, y con él mi profecía”. Cuando el anciano hubo hablado, se puso a pensar entre sí muchas cosas con mucho cuidado y con la cara muy triste. Poco después, le anunciaron que Antígono había sido muerto en un sótano llamado Torre de Estratón, el mismo nombre que solía ser la marítima Cesárea y esto fue lo que equívoco al profeta.

6. Los remordimientos que sintió Aristóbulo con el asesinato agravaron su enfermedad. Se consumía, con el alma carcomida por el recuerdo de su crimen. Con el ánimo perturbado se corrompía, hasta que por la amargura del dolor, rotas en partes sus entrañas, echaba toda la sangre por la boca. Cuando uno que le servían retiraba la sangre, y por providencia y voluntad de Dios sin que el criado lo supiese, quiso que tropezara en el sitio donde Antígono había sido muerto, dejando caer la sangre del asesino sobre los rastros todavía visibles de la sangre del asesinado. Se levantó un gran llanto y aullido de los que habían visto esto, como que el criado había adrede echado la sangre en aquel lugar su sangrienta carga. El rey oyó el clamor y requirió que le contasen la causa. No había nadie que la osase contar, pero el rey insistió. Al fin, haciendo él fuerza y amenazándoles, le hicieron conocer la verdad de todo lo que pasaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y gimiendo en su corazón tanto cuanto le era posible, dijo esto: “No he de lograr, por lo tanto, sustraer mis culpables acciones a la mirada poderosa de Dios, y debo sufrir un rápido castigo de la muerte de mi hermano. ¡Oh malvado cuerpo! ¿Hasta cuándo detendrás mi alma condenada por la muerte de mi madre y de mi hermano? ¿Cuánto tiempo les sacrificaré mi propia sangre? Que la tomen toda entera y que no se burle ni escarnezca ofreciéndoles fragmentos de mis entrañas”. Dicho esto, murió, habiendo reinado sólo un año.

CAPÍTULO IV

Alejandro Janeo sube al trono. Sus guerras. Rebelión judía. Muerte de Alejandro

1. Su mujer entonces sacó de la cárcel a los hermanos y a Alejandro lo hizo rey, que era el mayor de edad, y parecía también ser el más modesto. Pero alcanzando éste el reino, y viéndose poderoso, mató a uno de sus hermanos, por verlo ambicioso en reinar. Al sobreviviente, a quien le gustaba vivir alejado de los problemas de gobierno, fue tratado con honras.

2. Alejandro hizo guerra con Ptolomeo Láuro, el cual había tomado la ciudad de Asoquis. Alejandro mató a muchos de sus enemigos; pero Ptolomeo fue el vencedor. Después de que fue perseguido por su madre Cleopatra regresó a Egipto. Alejandro sitió y tomó Gadara y el castillo de Amato, esta última es la más importante de las fortalezas situadas junto al Jordán, donde estaban los más valiosos tesoros de Teodoro, hijo de Zenón. Pero Teodoro, apareció de improviso, recuperó sus bienes, se apoderó del carruaje del rey y mató a casi diez mil judíos. Alejandro, cobrando fuerzas después de esta matanza, se volvió hacia la costa y conquistó Rafia, Gaza y Antedón, la cual después fue llamada por el rey Herodes Agripia.

3. Después de haber reducido a las ciudades a la esclavitud, un día de fiesta el pueblo de los judíos se levantó contra él, porque es sobre todo durante las celebraciones cuando estallan entre ellos las sediciones; y no le parecía que podía apaciguar y deshacer aquellas revueltas si los Pisidas y Cilicos, mercenarios, no le ayudaban, no quería admitir a los sirios a sueldo por la discordia que tienen con los judíos. Mató más de ocho mil insurgentes que se habían rebelado y luego salió a atacar a Arabia, donde redujo las tierras de Galaad y de Moad, los hizo tributarios y se volvió nuevamente contra Amatón. Sus victorias habían llenado de terror a Teodoro y el rey encontró la plaza abandonada y la desmanteló.

4. Atacó a continuación a Obedas, rey de Arabia, al cual había apresado tendiendo una emboscada en la región de Galaad. Todo su ejército fue derrotado y lanzado a un profundo barranco, fue desmenuzado por la multitud de los camellos. Alejandro se refugió en Jerusalén, donde la gravedad de su desastre inflamó a la gente, que lo odiaba desde hacía mucho tiempo. Pero los pudo dominar una vez más; mató en muchas batallas no menos de cincuenta mil judíos en seis años. Sus victorias, le causaron la ruina de su reino. Por lo cual, dejando las armas y la guerra, trabajaba con buenas palabras en volver a tener amistad con sus súbditos, pero tenían ellos la inconstancia y variedad que éste tenía en sus costumbres que hizo que lo aborrecieran más que antes, preguntando él de qué manera tendría para apaciguarlos, respondieron que con su muerte; porque aun no sabían si muerto le perdonarían, por tantas maldades como había cometido. Al mismo tiempo llamaron en su auxilio a Demetrio, llamado el Intempestivo, el cual, con esperanza de ganar y de haber mayor premio, fácilmente les obedeció y consintió; preparó un ejército, y los judíos se unieron a su aliado cerca de Siquem.

5. Alejandro los recibió al frente con mil de a caballo y con seis mil mercenarios a pie, teniendo también consigo cerca de diez mil judíos que le eran todos muy fieles; siendo los de la parte contraria tres mil de a caballo y cuarenta mil de a pie. Antes de iniciar la lucha, por

medio de los mensajeros y trompetas los reyes trabajaban cada uno por seducir a las fuerzas del adversario. Demetrio pensaba atraerse a los mercenarios de Alejandro; y Alejandro esperaba que los judíos que seguían a Demetrio se les sublevarían persiguiéndolo a él. Pero como los judíos tenían muy firme su juramento, y los griegos su fe y promesa, comenzaron a acercarse y a pelear entre todos.

Demetrio venció en esta batalla pesar de las numerosas demostraciones de decisión y bravura que dieron los mercenarios de Alejandro. Sin embargo el resultado final de la batalla defraudó a los dos príncipes. Porque a Demetrio, aunque vencedor, fue abandonado por los que le habían llamado y no quisieron seguirlo; impresionados y viendo que se le había cambiado tanto la fortuna a Alejandro, seis mil de los judíos se reunieron con él en las montañas donde se habían refugiado. Ante esta mudanza, y juzgando que Alejandro estaría nuevamente en condiciones de pelear y que todo el pueblo volvería a su lado Demetrio se retiró.

6. No obstante, y aun después de haberse retirado sus aliados, los demás judíos no quisieron pactar; antes peleaba en continuas guerras con Alejandro, hasta que, después de matar a gran parte de ellos, los hizo recoger en la ciudad de Bemeselis; tomó esta ciudad y se llevó los cautivos y encadenados a Jerusalén.

La ira inmoderada de éste, por ser desenfrenada, hizo que su crueldad llegase a términos de toda impiedad; porque en medio de la ciudad colgó a ochocientos de los cautivos en cruces, y mató las mujeres de ellos e hijos, delante de sus propias madres, y él lo estaba mirando bebiendo y holgando junto con sus concubinas y mancebas. El pueblo se vio asaltado por un terror tan intenso que a la noche siguiente ocho mil judíos de la facción hostil salieron huyendo, como desterrados, de toda Judea, cuyo destierro tuvo fin con la muerte de Alejandro. Habiendo, pues, buscado el reposo del reino con tales hechos, cesaron sus armas.

7. Otra vez le fue principio de revuelta Antíoco, llamado también Dionisio, hermano de Demetrio y último de los seleucitas. Porque temiendo a éste, el cual había echado y vencido a los árabes en la guerra, hizo un foso muy grande alrededor de Antipátris en todo el espacio que hay allí cercano a los montes, y entre las playas de Jope; y delante del foso hizo edificar una muralla muy alta y unas torres de madera, para defender la entrada.

Pero no pudo detener con todo esto a Antíoco. Porque quemadas las torres, relleno el foso y se abrió pasó con su ejército; y menospreciando la venganza que debía usar con aquel que le había prohibido la entrada, después siguió la empresa contra los árabes.

El rey de éstos comenzó a retirarse a regiones más favorables para su gente; luego volvió a la pelea con el número de diez mil hombres, y acometió a la gente de Antíoco sin darle tiempo para pensar en ello ni organizarse. La batalla fue encarnizada; mientras Antíoco estaba salvo, su ejército permanecía resistiendo, aunque los árabes poco a poco lo despedazaban diezmándolos. Cuando éste fue muerto, después de haberse expuesto continuamente en primera fila para animar a los que desfallecían, todos huyeron, muriendo la mayor parte de ellos peleando o en retirada; los demás, se refugiaron en la ciudad de Caná, donde todos murieron de hambre, excepto muy pocos.

8. De aquí los damascenos, enojados con Ptolomeo, hijo de Mineos, llamaron a Aretas y lo nombraron rey de Celesiria: el cual, habiendo hecho guerra contra Judea, venció en la batalla a Alejandro y se retiró después de sellar con él un pacto.

Alejandro, tomada Pela, y avanzó contra Gerasa, deseoso de las riquezas de Teodoro; y habiendo cercado con tres cercos a los que la querían defender, tomó la ciudad sin lucha.

Tomó también a Gaulana y a Seleucia, y sojuzgó aquella que se llama El valle de Antíoco. Además se apoderó de la poderosa fortaleza de Gamala, donde expulsó al gobernador, Demetrio, que era el blanco de muchas acusaciones.

Volvió a Judea, después de una campaña de tres años en la guerra y fue recibido por los suyos con gran alegría por causa de sus victorias; pero, estando en reposo y acabada la guerra fue el principio de su dolencia. Atormentado por la fiebre cuartana, pensó que echaría de sí aquella calentura si se volvía otra vez a poner en los negocios y ocupaba en ellos su ánimo; se dio a la guerra y a los trabajos militares, y apresuró su fin, y fatigando su cuerpo más de lo que podía sufrir, en medio de las revueltas murió después de veintisiete años de reinado.

CAPÍTULO V

Alejandra. Dominación de los fariseos. Persecución de los consejeros de Alejandro. Rebelión de Aristóbulo. Muerte de Alejandra

1. Alejandro dejó el reino a Alejandra, su mujer, pensando que los judíos obedecerían a cuanto ella mandase; porque, muy apartada de su crueldad, resistiendo a toda maldad, enteramente había ganado la voluntad de todo el pueblo.

Y no le engañó la esperanza, porque por ser tenida por mujer muy pía, alcanzó el reino y principado. Porque sabía muy bien la costumbre que los de su patria tenían, y aborrecía desde el principio al que quebrantaba las leyes sagradas. Ésta tenía dos hijos habidos de Alejandro, al mayor, llamado Hircano, el primogénito, lo declaró sumo sacerdote, porque por su carácter, demasiado indolente para intervenir en los asuntos de estado; y el menor, llamado Aristóbulo, de temperamento ardoroso, lo mantuvo en condición de particular.

2. Colaboraron con el gobierno de esta mujer una parte de los judíos que era la de los fariseos, los cuales honraban y acataban más la religión, al parecer, que todos los demás, y declaraban más agudamente las leyes. Alejandra les acordó un crédito extraordinario en su celo apasionado por la divinidad. Estos, no tardaron en tener la confianza de la mujer, eran tenidos ya como procuradores de ella, cambiando todo a sus voluntades quitando y poniendo, encarcelando y librando a cuantos les parecía, de tal manera, que parecían ser ya ellos los reyes. En líneas generales gozaban de los provechos reales y Alejandra había de pagar los gastos, los disgustos y sufrir todos los trabajos. Pero ésta tenía una maravillosa habilidad en saber regir y administrar las cosas más importantes; mediante continuos reclutamientos duplicó los efectivos del ejército y alistó un gran número de mercenarios, destinados no solamente a mantener